

MANIFIESTO POR EL FUTURO DE LA CITRICULTURA VALENCIANA

La crisis de precios que durante la presente campaña 2018/19 está arrasando las economías de miles de familias valencianas no sólo pone de manifiesto la gravedad de una situación concreta, sino que muestra en toda su crudeza la dimensión de un problema endémico y enquistado que compromete seriamente la pervivencia futura de un sector clave para la Comunitat Valenciana.

La naranja, símbolo y emblema de esta tierra, fue en épocas pasadas indiscutible fuente de riqueza, motor de desarrollo e impulso de bienestar. La naranja, sin embargo, acabó por convertirse en el tópic propiciatorio de una visión falsaria y tramposa del Levante feliz que ha tenido efectos sumamente perversos en la consideración general de unos poderes fácticos siempre predispuestos a no tomarse demasiado en serio a un sector al que atribuyen una imagen de opulencia que choca, desde hace ya varias décadas, con su dura realidad.

Ahora bien, que la coyuntura que atraviesa ahora mismo la citricultura valenciana sea especialmente adversa no quiere decir en absoluto que esta actividad en su conjunto no mantenga plena vigencia y razón de ser. Los datos a la hora de corroborar esta afirmación resultan apabullantes. El número de explotaciones cítricas en la Comunitat Valenciana supera las 65.000, repartidas en una superficie próxima a las 160.000 hectáreas. Es, con mucha diferencia, el cultivo de mayor implantación en este territorio, donde genera un volumen de negocio directo de unos 1.500 millones de euros anuales. La vocación comercial acreditada por este colectivo a lo largo de su fecunda historia ha conseguido convertir a España en el líder mundial de la exportación de cítricos.

Si nos referimos a la influencia de la citricultura en el conjunto del panorama español las cifras se disparan. La mano de obra directa para la producción, recolección y confección de la fruta se sitúa en torno a las 280.000 personas, mientras que el movimiento necesario para la comercialización de la cosecha anual genera más de un millón de desplazamientos de vehículos de transporte de



mercancías, al tiempo que para la distribución de esa mercancía se precisan alrededor de 600 millones de cajas, a cuya fabricación se dedican unas 60 empresas que proporcionan empleo a su vez a unas 3.000 personas. Y todo ello por no hablar de las múltiples ocupaciones no menos significativas que giran en torno a las industrias de transformación para zumos o conservas, o de los viveros encargados de producir y propagar el material vegetal, sin olvidar a todas las industrias auxiliares de riego, plásticos, fertilizantes o maquinaria.

En suma, que si pretendemos entender la trascendencia de la citricultura no podemos circunscribirla a una mera ocupación agraria ceñida a un marco de cultivo, sino que es necesario tener muy presente el extraordinario efecto multiplicador que genera sobre otros ámbitos de la actividad económica sin cuyo concurso sencillamente no existirían.

Pero aun siendo tremendamente importante su vertiente económica, tampoco lo es menos el valor totémico de la naranja en la conformación de una idiosincrasia de todo un pueblo, al igual que no puede pasarse por alto la contribución de este cultivo al sostenimiento del medio ambiente y, en ese sentido, el papel que desempeña en la lucha contra el cambio climático.

La evolución de la citricultura en la Comunitat Valenciana, y también de otros cultivos, se tradujo en el florecimiento de un modelo característico basado en el reparto de la propiedad y, por ende, de la riqueza. El amor por la tierra es una forma de ser y estar en el mundo que los valencianos ni queremos ni podemos perder.

El poder político, las distintas administraciones, con la autonómica al frente, no pueden seguir desentendiéndose de la problemática cítrica por más tiempo. El actual gobierno valenciano, y el que pueda venir, deben tomar buena nota porque ya no valen paños calientes ni buenas palabras. Es hora de pasar a la acción y de hacerlo con un compromiso, político y presupuestario, que no deje lugar a dudas.

Se trata de una batalla por el futuro que también concierne a la sociedad valenciana en su conjunto porque lo que está en juego es precisamente el mantenimiento de una herencia socioeconómica, paisajística, medioambiental y cultural que ha proporcionado riqueza durante décadas a generaciones enteras y cuya continuidad se encuentra amenazada.